

## Piedra, papel, memoria. La memoria colectiva en la historia a través del análisis icono-simbólico de los imaginarios colectivos: una propuesta teórica<sup>1</sup>

Jesús Movellán Haro<sup>2</sup>

Recibido 24 de noviembre de 2022 / Aceptado: 5 de febrero de 2023

**Resumen.** El desarrollo de la memoria colectiva en las sociedades actuales forma parte de un largo proceso de representación icono-simbólica desde, al menos, el inicio de lo que entendemos como la modernidad en el mundo occidental. A partir, sobre todo, de los grandes traumas colectivos del siglo XX, lo memorial ha captado cada vez mayor atención por parte de las instituciones de los distintos Estados, pero también en el seno de las sociedades que comparten un pasado. El propósito de este artículo se basa en una propuesta teórica sobre cómo abordar las distintas memorias en el espacio público, teniendo en cuenta su variedad y complejidad conceptual. Asimismo, se propone una aproximación a la memoria colectiva a partir del análisis e interpretación carácter icono-simbólico de los llamados *lieux de mémoire* y, entre ellos, de determinados *personajes-símbolo* del pasado, por su relevancia y vigencia en las sociedades actuales.

**Palabras clave:** Memoria colectiva; lugares de memoria; caricatura política; modernidad.

### [en] Through paper and stone: History, collective memory, and its iconographic and symbolic analysis. A theoretical approach

**Abstract.** The existence of collective memory in nowadays societies is a part of a long process of icon-symbolic representation since, at least, the beginning of modernity in the Western world. From its beginning after the great collective traumas of the twentieth century, memory and public uses of the past have attracted the increasing attention of political institutions from different national States, but also within societies which share a past. The aim of this paper is based on a theoretical proposal focused on the analysis of different memories in the public space (considering their variety and conceptual complexity). It also proposes an approach to the collective memory based on the study of icon-symbolic meanings of the so-called *lieux de mémoire* and, among them, of certain characters from the past, due to their relevance and validity in contemporary societies.

**Keywords:** Collective memory; *lieux de mémoire*; political cartoon; modernity.

**Sumario:** Introducción. 1. Memoria, historia e historiadores. 2. Nostalgia y memorias protésicas. 3. Las imágenes, espacio para historizar la memoria. 4. Consideraciones finales. 5. Referencias bibliográficas.

<sup>1</sup> Esta publicación se enmarca en el desarrollo de un contrato de investigación postdoctoral Margarita Salas, obtenido a partir de la Convocatoria de Ayudas para la recualificación del sistema universitario español para 2021-2023, del Ministerio de Universidades (financiado por el Ministerio de Universidades y la Unión Europea-NextGenerationEU).

<sup>2</sup> Universidad de Cantabria/Universidad de La Rioja (grupo HICOS).  
ORCID: 0000-0001-5162-5228.  
E-mail: [jesus.movellanharo@gmail.com](mailto:jesus.movellanharo@gmail.com)

**Cómo citar:** Movellán Haro, J. (2023). Piedra, papel, memoria. La memoria colectiva en la historia a través del análisis icono-simbólico de los imaginarios colectivos: una propuesta teórica. *Cuadernos de HistoriaContempóranea*, 45, 377-404.

Alguien preguntó a Jacob Isaac, el judío: ¿Cómo es que la cigüeña es una de las aves impuras, si ama tanto a los suyos que su nombre mismo (Hassida) significa amor y piedad? Es que sólo ama a los suyos y no a los demás – respondió el rabino Jacob Isaac –.

(Schwarz-Bart, 1967).<sup>3</sup>

## Introducción

La memoria colectiva, desde los planteamientos de Maurice Halbwachs (Halbwachs, 1950) hasta los que forman parte de los debates más recientes, es una de las grandes categorías sobre las que se han construido los imaginarios colectivos de la sociedad y cultura contemporáneas. Si nos detenemos en la definición normativa sobre la voz “memoria” del Diccionario de la Real Academia Española, esta se desarrolla en su primera acepción como la “facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado”. En su sexta acepción, la memoria es un “monumento para recuerdo o gloria de algo”, mientras que en su séptima acepción podemos describirla como una “obra pía o aniversario que instituye o funda alguien y en que se conserva su memoria” (RAE, 2021). La sexta y séptima acepción se corresponden, en gran medida, a los impulsos de monumentalización y recuerdo de distintas experiencias históricas de nuestra contemporaneidad, así como personalidades, convertidas en *personajes-símbolo* que encarnan esas mismas experiencias o conceptos políticos concretos. En el largo proceso de construcción y consolidación de los Estados-nación liberales, la memoria ha sido, finalmente, la cristalización de las categorías y espacios comunes en torno a un pasado común. Este, finalmente, sirvió para sentido a aquellas mismas naciones desde un punto de vista historicista y esencialista (Pérez Vejo, 2015; Álvarez Junco, 2016a).

De este modo, en este artículo proponemos una aproximación a su uso como categoría *historizante* a partir del análisis de las imágenes tanto en el espacio público como en el contrarrelato iconográfico que ofrece la caricatura política. A tal efecto, nos detendremos primeramente en los debates sobre la memoria en el ámbito de la historiografía y su uso desde la ciencia histórica, sobre todo durante los últimos años. A continuación, abordaremos la *nostalgia* como concepto unido a la memoria y sus problemas actuales para, en el tercer punto del texto, desarrollar nuestra propuesta teórica. Finalmente, en las consideraciones finales plantearemos las limitaciones y posibilidades de nuestra propuesta, deudora en buena medida del llamado *giro visual*, para el debate historiográfico actual sobre la memoria, sus lugares y, en particular, los *personajes-símbolo* presentes en ellos.

<sup>3</sup> André Schwarz-Bart, *Le Nouvelle Observateur*, 8/2/1967. Traducción del autor a partir del original: *Quelqu'un demandait à Jacob Isaac le Juif: "Comment se fait-il que la cigogne soit au nombre des oiseaux impurs alors qu'elle aime tant les siens que son nom même (hassida) veut dire amour et piété?" C'est – répondit rabbi Jacob Isaac – qu'elle n'aime que les siens et pas les autres.*

## 1. Memoria, historia e historiadores

Las naciones, en tanto que comunidades imaginadas (Anderson, 2006), necesitan la memoria tanto como la propia historia. Ello se debe, principalmente, a que la memoria se desarrolla desde los distintos presentes que se suceden en las sociedades y en torno a su percepción sobre el pasado (Fernández Sebastián y Capellán, 2021: 29-52; Fernández Sebastián y Capellán, 2013). Asimismo, las reivindicaciones y ceremoniales dedicados a las generaciones y hechos pretéritos contribuyen a generar un discurso oficial en el que el ciudadano se sienta parte de un todo (la nación, en definitiva). Ante ese imaginario, resultado de tales manifestaciones, nos encontramos ante un “pasado práctico”, definido hace casi un siglo por Michael Oakeshott:

Un pasado patriótico es recordado -o imaginado- de modo que pueda inspirar respeto y amor por las generaciones pasadas de nuestra nación; de este modo es experimentado como *nuestro* pasado. Sin embargo, este tipo de narrativas resulta persuasivo mientras creamos que tal memorialismo retrata lo que realmente sucedió (Oakeshott, 1933: 103).

Oakeshott equiparaba lo memorial (influido, en 1933, por el auge las liturgias nacionales surgidas del trauma colectivo de la Gran Guerra) casi a partir de la máxima de Ranke del *wie es eigentlich gewesen* sobre qué es la propia historia y qué debe estudiar el historiador. Más recientemente, Stefan Berger y Bill Niven han señalado que la memoria ha sido un elemento consustancial al origen y desarrollo de las historias nacionales. Según ambos, la memoria colectiva se presenta yuxtapuesta a la historia como el principal elemento discursivo y legitimador de los Estados-nación desde, al menos, el siglo XIX (Berger y Niven, 2014: 136-137). Por otro lado, la importancia de lo memorial ha alcanzado cotas cada vez mayores desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El fenómeno actual del memorialismo como elemento identitario de los agónicos Estados-nación, inmersos en un mundo global(izado), es uno de los retos más estimulantes para los científicos sociales (Conrad, 2003: 85-99). La memoria, tal y como la entendemos actualmente, se basa sobre todo en la conceptualización posterior a 1945 y en los debates que tuvieron lugar una vez el mundo occidental fue testigo de los horrores del Holocausto (LaCapra, 1998). Así (y en líneas generales), tras el reconocimiento de una experiencia histórica traumática, esta es recogida por la parte de la sociedad que se ve reflejada en ella (LaCapra, 2001) y a partir de ahí se desarrolla y consolida una memoria colectiva (nunca única ni unívoca, sino plural y con múltiples ramificaciones dependiendo de quiénes recuerdan). En las últimas décadas, los debates sobre la memoria se han centrado en distintos lugares del mundo tanto en la superación del pasado como en la implementación de la conocida como justicia transicional.

De este modo, la concepción y percepción que actualmente tenemos de lo memorial no puede entenderse sin antes detenernos en los grandes traumas del siglo XX. El mundo asistió a dos guerras mundiales y, posteriormente, fue testigo (aparte de víctima o verdugo) de las peores aberraciones y crímenes conocidos en la Humanidad en distintos lugares del planeta y durante distintos momentos (no solo cabría hablar del Holocausto, sino de las masacres japonesas en Asia Oriental durante la Segunda Guerra Mundial, las limpiezas étnicas durante las Guerras yugoslavas o el genocidio de Ruanda, sin entrar en los nuevos escenarios del siglo XXI). La variedad

es tan grande como compleja, dependiendo de los lugares en los que el trauma se desarrolló, así como de la relación que la sociedad del presente tiene con aquel pasado o, incluso, con las relaciones que después del suceso mantuvieron víctimas y victimarios. Como fenómeno transnacional, España no ha sido una excepción. Según Marije Hristova, la posibilidad de tratar la memoria traumática desde un punto de vista transnacional permite analizar otras manifestaciones identitarias desde los márgenes de los Estados-nación (Hristova, 2016: 239). Los debates historiográficos y, más allá, de las políticas públicas de memoria en España se han centrado, sobre todo, en la Guerra Civil de 1936-1939 y la represión ulterior del régimen franquista (Aguilar Fernández, 2008; Aguilar Fernández y León Cáceres, 2022: 317-353; Ferrándiz, 2014; 2020: 301-304). Para tiempos más recientes, Guerra y Franquismo han comenzado a compartir espacio con las investigaciones sobre la memoria del terrorismo (sobre todo) de ETA o del yihadismo (Molina y Castells, 2022; Cabrera, 2021; Rivera y Carnicero Herreros, 2010). Sea como fuere, esta no es una excepción con respecto a otras experiencias en el mundo occidental y, actualmente, el auge de la memoria y sus lugares en el debate público español está unido al memorialismo de buena parte de su entorno, como ha tratado precisamente Hristova (2016).

En este sentido, la importancia de la política en los debates sobre la memoria llamada *histórica* en la España del siglo XXI (ahora renombrada como *democrática* desde las instituciones políticas) condicionó el desarrollo de un debate historiográfico que fuera capaz de transmitir sus reflexiones a la sociedad. Al contrario de la *Historikerstreit* alemana en la RFA durante los años ochenta, los debates en la España actual sobre la memoria de la Guerra, el Franquismo o la Transición se han desarrollado sobre todo en el ámbito de la política y los medios de comunicación, mientras que se ha hecho poco caso a lo que los historiadores podían aportar. En muchos casos, esta situación de recelo o incluso de rechazo hacia los análisis históricos ha tenido que ver, principalmente, con que las respuestas de los historiadores resultan incómodas a los representantes políticos, al no ofrecer respuestas simplistas o maniqueas tan del gusto del debate parlamentario/electoral. No es de extrañar, por consiguiente, que desde la historiografía se haya podido observar un giro de la historia hacia la memoria en las sociedades actuales, como señaló recientemente Javier Fernández Sebastián:

El giro de la historia a la memoria se gestó a mediados de los ochenta y desde entonces ha experimentado una gran expansión. [...] Buena parte de los historiadores concordarían en que la historia, para ser fiable y razonablemente objetiva, ha de desideologizarse, revisar permanentemente sus herramientas analíticas, centrarse en la verificación documental lo más ecuánime y completa posible de los archivos disponibles, y en cierta medida distanciarse y «descontaminarse» de los recuerdos inevitablemente sesgados y fragmentarios de los agentes del pasado, sin dejar de ser empática con ellos. Por el contrario, la memoria, o mejor dicho las memorias, son siempre plurales, parciales, subjetivas, inestables y a menudo politizadas; su «contaminación» [...] es, en principio, mucho más intensa que la de la historia (Fernández Sebastián, en Fernández Sebastián y Tajadura Tejada, 2021: 110).

Este “giro memorial”, como vemos, ha contado con profundas críticas desde una parte de la historiografía, en gran medida por adolecer, teóricamente, de la distancia y capacidad analíticas con las que sí que contaría la reflexión histórica, siguiendo a Fernández Sebastián. Las aportaciones de Santos Juliá desde hace años son una bue-

na muestra de ello, definiendo la memoria como un cúmulo de lugares comunes, prejuicios y aspectos emocionales que han servido para incentivar las reivindicaciones identitarias de personas y colectivos en torno a lo que identificaban como *su* pasado (Juliá, 2011). La búsqueda de “verdad, reparación y justicia”, lejos de sus legítimas aspiraciones, habría contribuido, en palabras de nuevo de Fernández Sebastián, a que se mirase hacia la historia (y a los historiadores, sobre todo) buscando quienes pudieran ejercer como “jueces” del pasado desde el presente. A fin de cuentas, en los “combates” por la memoria que actualmente conocemos no se busca construir un relato desapasionado y generalista, sino una identidad en la que se puedan ver reflejados (y en la que se sientan legitimados) individuos, colectivos o, en fin, hasta nacionalidades y Estados (Fernández Sebastián, en Fernández Sebastián y Tajadura Tejada, 2021: 113).

Teniendo en cuenta esto último, lo cierto es que no siempre es necesario remitir a un trauma para definir un espacio memorial o conmemorativo. Por esto mismo, al hablar de la memoria en este artículo buscamos alejarnos de una mirada únicamente centrada en experiencias históricas traumáticas para las que lo memorial, actualmente, ocupa buena parte de los debates tanto historiográficos como de la opinión pública. En la España actual el “revisiónismo” y la obsesión por lo memorial han alcanzado cotas de simplismo solo entendibles por la falta de educación cívica y pensamiento histórico de nuestra sociedad, aunque esta no es una excepción con respecto a lo que ocurre en otras partes del planeta (Lowe, 2021). Es indudable que la Guerra Civil y la dictadura franquista continúan acaparando buena parte de los debates memorialistas, pero no debemos olvidar el creciente cuestionamiento sobre el marco de “consenso” y “ruptura pactada” de los grandes relatos sobre la Transición, hasta el punto de que desde algunos sectores de los medios de comunicación se haya asumido la nomenclatura progresivamente peyorativa del *Régimen del 78* como parte de los usos políticos sobre el pasado reciente (Castellanos López, 2020: 379-410). Al otro lado, todavía hay quienes, desde su propia experiencia vital o desde la *nostalgia* de un pasado siempre idealizado, mantienen sobre la Transición un aura de mito fundacional, de proceso modélico y ejemplarizante para las generaciones posteriores. En ambos casos, lo que se hace es mirar hacia el pasado con las categorías del presente, cayendo indistintamente en el anacronismo y presentismo sobre los que previene Fernández Sebastián.

Sea como fuere, en la configuración de relatos basados en lo memorial una sociedad intenta encontrar una base legitimadora con la que asentar el momento en el que vive y, en última instancia, lo que la caracteriza y da sentido a su identidad colectiva. Teniendo en cuenta el enfoque de Sebastian Conrad, si la memoria es la última categoría sobre la que se basa la propia identidad de los agonizantes Estados-nación, los historiadores no podemos despreciarla sino, en todo caso, añadirla a nuestras herramientas analítico-hermenéuticas. Conviene matizar, en este sentido, lo señalado por Fernández Sebastián, a partir de los planteamientos que en su momento hiciera Philippe Joutard. En muchos casos, los medios de comunicación y las instituciones se centran solo en los hechos históricos más “espectaculares” o los más tratados por parte de la historiografía. Esto hace, según Joutard, que incluso los historiadores terminemos confundiendo la historia política con la puramente institucional. Desde un punto de vista antropológico, sin embargo, el historiador puede detenerse en la pluralidad de memorias que dan sentido al contexto sociocultural y simbólico en el que él mismo se mueve (Joutard, 2013: 283). De este modo, puede introducirse la

memoria en la reflexión histórica sin observarse una distancia tan grande como la que establecen tanto Juliá como Fernández Sebastián, sobre todo cuando nos centramos en el análisis icono-simbólico de los llamados *lieux de mémoire*.

La plasticidad y multiplicidad de memorias que dan sentido y con forman la “memoria colectiva” encuentran en la nostalgia y la *postmemoria* un buen lugar sobre el que asentarse, particularmente cuando una sociedad asume como propio un pasado que no le corresponde directamente. Marianne Hirsch, la autora, precisamente, del concepto de *postmemoria* dejaba claro en qué consistía este fenómeno:

La *postmemoria* se distingue de la memoria por la distancia generacional, y de la historia por una profunda conexión personal. El poder de la *postmemoria* reside en su capacidad para la creación y el proceso imaginativo del hecho pasado. [...] La *postmemoria* caracteriza la experiencia de quienes crecieron dominados por narrativas que preceden su nacimiento, de quienes han dependido de las historias que las generaciones precedentes desarrollaron a partir de sucesos traumáticos imposibles de entender o recrear (Hirsch, 1997: 22, citada por Kansteiner, en Berger y Niven, 2014: 128).

Es la *postmemoria*, y no la memoria como concepto mucho más complejo y poroso, la que alimenta el presentismo y los anacronismos del “revisiónismo” actual y las reivindicaciones “memorialistas” de algunos sectores de la sociedad, colectivos y, sobre todo, fuerzas políticas. No cabe hablar aquí, por ello, de un memorialismo que persigue reparaciones morales (o jurídicas) sobre un proceso traumático de un colectivo concreto. Se remite, empero, a espacios y categorías que han permeado en la sociedad y sus culturas políticas como elementos definitorios de su propia idiosincrasia como comunidad. Los mitos fundacionales, las experiencias traumáticas como *nación* o, más allá incluso, como *pueblo* son parte de nuestras sociedades actuales. El propio origen de los Estados-nación liberales depende, realmente, de la memoria como elemento axial de las historias nacionales e, incluso, de la historia como disciplina científica desde el siglo XIX (Berger y Niven, 2014: 135-156).

La diferencia que se nos presenta, en cualquier caso, es clara: una cosa es reelaborar la memoria desde el presentismo, que es lo que, a fin de cuentas, consideró Hirsch que es la *postmemoria* (Hirsch, 2012), y otra bien distinta es la apropiación de lugares comunes, espacios simbólicos e ideales por parte de generaciones posteriores a lo vivido por quienes remiten o conmemoran un pasado determinado: en otras palabras, a la memoria colectiva. En este sentido, llega a ser indiferente que el pasado recordado sea cercano, traumático o una manera de legitimar una mirada concreta entre el pasado y el presente. Anteriormente hemos remitido a procesos históricos que tiene que ver con la España del siglo XX, pero no es extraño encontrar reivindicaciones de signo diverso (antagónico, incluso) sobre personalidades que han llegado a simbolizar experiencias históricas o conceptos políticos distintos a lo largo del tiempo. Más adelante señalaremos algunos ejemplos utilizando, precisamente, nuestra propuesta de análisis icono-simbólico.

En relación con esto último, la conversión de individuos en *personajes-símbolo*, siguiendo la definición clásica de Pierre Nora (Nora, 1984), ha transformado a lo largo de las décadas las distintas miradas sobre un mismo sujeto. Este, a su vez, puede significar cosas bien distintas, atendiendo al análisis iconográfico de aquellos

monumentos, bustos o placas conmemorativas que podían protagonizar y al momento en que se proyectaron, sufragaron, inauguraron y, posteriormente, se olvidaron o se recuperaron desde la constante reformulación de las memorias colectivas. El análisis de lo icono-simbólico, al calor de las nuevas propuestas metodológicas que forman parte del llamado *giro visual* (Capellán, 2022: 12) permiten incidir en este complejo y largo proceso de memorialismo sobre *personajes-símbolo* en el seno de las sociedades contemporáneas.

Asimismo, la preponderancia de unos personajes históricos sobre otros depende del proceso de “heroización” de los Estados-nación liberales y, particularmente, de los nacionalismos del siglo XX. Señalaba Anthony D. Smith en su aportación clásica:

Todo nacionalismo necesita una mezcla de virtud y heroísmo que guíe y dote de sentido su búsqueda de regeneración. El futuro de una comunidad étnica o de una raza solo puede alcanzarse mediante la remembranza de aquella *edad de oro* en la que los hombres eran *héroes*. Los héroes proporcionan modelos de virtud, sus gestas inspiran fe y coraje entre sus descendientes oprimidos y en decadencia (Smith, 1999: 65).

Por otro lado, en las sociedades actuales se remite a la imagen del héroe (del *personaje-símbolo*, en términos más amplios) a partir de una concepción “posheroica” de los hechos del pasado, una vez que las glorias bélicas dieron paso a un estado de agotamiento sobre el culto a la muerte y los caídos (Münkler, 2007: 742-752, citado por Mees, 2020: 21). Sin embargo, ello no implica que la reivindicación de *personajes-símbolo* haya dejado de ser constante. Situar el foco de nuestra propuesta en el análisis de las imágenes de determinadas personalidades contribuye a que, desde la historia, se pueda tratar la memoria como categoría *historizante*, confrontando la que, como veremos más adelante, hemos llamado *memoria de piedra* (la de los lugares de memoria, vinculados frecuentemente a relatos “oficiales” o institucionales sobre el pasado) con la *memoria de papel* (la de la sátira política). En una sociedad como la actual en la que todo suceso o momento se considera “histórico” vivimos, usando la certera metáfora de Santos Juliá, bajo el imperio de la memoria (Juliá, 2006: 7-20). Por esta razón, se hace aún más necesario plantear las posibilidades reales que, desde el análisis histórico, puede tener la construcción de los distintos relatos sobre el pasado a partir de lo memorial. La relevancia de lo visual en el desarrollo de la opinión pública contemporánea es casi tan determinante como la del propio texto impreso. La prensa satírica, pero también la introducción de la fotografía en los medios de difusión de ideas contribuyó a la consolidación de muchos de los espacios simbólicos consensuados en el proceso de modernidad como lo entendemos en Occidente. Conforme avanzó el siglo XX, la introducción de imágenes en movimiento (el cine) aceleró este proceso de “iconización” de la realidad. Los usos (y abusos) de lo que Juliá entendía por la “recuperación de la memoria” en España desde los años setenta dependían, en gran medida, de las denuncias de “amnesia” u olvido premeditado sobre todo tras la muerte de Franco y el proceso de transición hacia la democracia. Sin embargo, también han estado condicionados por la excesiva plasticidad de los distintos lugares comunes que remiten, desde el presente, hacia aquel pasado. Así, ya fuera para valorar como experiencia positiva la Transición, ya para considerarla el *événement matriciel* y pecado original del régimen parlamenta-

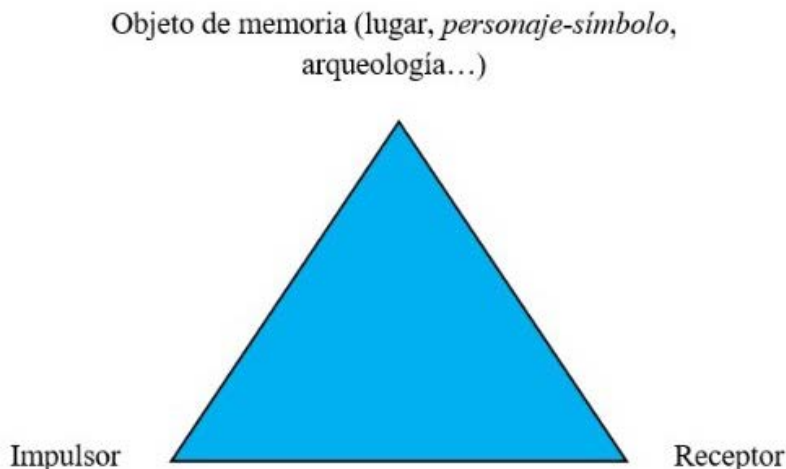
rio posterior, la memoria estaba indefectiblemente unida a la ocasional contaminación del discurso político y cultural de un momento posterior que, en rigor, adulteraba cualquier mirada desapasionada hacia el pasado.

La “contaminación” teórica a la que aluden, por consiguiente, tanto Juliá como Fernández Sebastián guarda relación, realmente, con los usos públicos de distintas memorias sobre los grandes traumas colectivos del siglo XX en España, pero no sobre la memoria colectiva en tanto que concepto mucho más complejo y, por otro lado, vinculado al propio desarrollo del conocimiento histórico (Joutard, 2013). El dominio del presentismo y los constantes anacronismos en la opinión pública y el discurso político complican cualquier aproximación desde la historia, si bien no impide ni mucho menos que se haya investigado sobre ello y que actualmente haya una bibliografía especializada tan amplia como magnífica sobre la Guerra Civil, la dictadura de Franco y la Transición. Ciertamente, si solo nos detuviéramos en el “mercado memorial” de las últimas décadas nos limitaríamos a plantear los debates sobre la memoria a partir de su aplicación en la vida política actual, volviendo, una vez más, hacia los distintos pasados traumáticos de la Segunda República y, sobre todo, de la Guerra Civil y la ulterior represión del régimen franquista (Egido, 2006; Mainer, 2002: 11.40; Moradiellos, 2003: 11-39; 2018; Reig Tapia, 2006). Asimismo, poco podríamos añadir a las recientes y brillantes aportaciones ya citadas de Francisco Ferrándiz y Paloma Aguilar, así como las de Miguel Ángel del Arco Blanco o Alicia Alted Vigil sobre los debates actuales en torno a la llamada “memoria histórica”, la pervivencia de los monumentos de exaltación y recuerdo erigidos durante la dictadura franquista y, como culmen, la problemática situación que plantea a especialistas y políticos la resignificación del Valle de los Caídos, sobre todo tras la exhumación de Franco y el traslado de su féretro al cementerio de Mingorrubio en octubre de 2019 (Del Arco Blanco, 2022; Alted Vigil, 2015: 263-275; Alonso y Muro, 2011).

Sin embargo, y como hemos adelantado, en esta propuesta hemos preferido ampliar la mirada y servirnos de la memoria como una categoría más, consustancial al desarrollo de los Estados-nación y su consolidación, así como la de los conceptos, espacios comunes y lugares que dan sentido a sus distintos relatos visuales e iconosimbólicos (ya oficiales, ya desde el contrapoder que plantea la caricatura). En palabras de Robert Gildea, la memoria colectiva se define por ser un relato coral, la construcción colectiva del pasado por parte de una comunidad determinada (Gildea, 1994: 10, citado por Fulbrook, en Berger y Niven, 2014: 71). Debemos extraer ese relato coral de momentos que solo remiten exclusivamente a traumas colectivos, puesto que las liturgias sobre el recuerdo son intrínsecas al mundo contemporáneo, *sensu lato*.

Las imágenes que llegan a nosotros y que contribuyen, en fin, a nuestros propios imaginarios sobre el pasado como sociedad dependen directamente de cómo se concibieron, primeramente, tales imágenes y cómo permearon en las culturas políticas de entonces, condicionadas por la opinión pública y por su propio contexto histórico. Es fundamental, por consiguiente, tener en cuenta no solo cómo se desarrolla y manifiesta la memoria colectiva, sino cómo esta es recibida por parte de la sociedad cuando se materializa en un *lieux de mémoire* concreto. El “triángulo hermenéutico” de Kansteiner sobre la memoria y su historización sintetiza, en buena medida, nuestro planteamiento sobre cómo acercarse a la memoria desde la historia:





**Figura 1.** Triángulo hermenéutico de la memoria.  
Elaboración propia a partir de Kansteiner, 2002: 197.

La relación de interdependencia se basa en tres partes: el “objeto”, que puede ser un *lieux de mémoire* – monumento, espacio memorial, *personaje-símbolo*, vestigio arqueológico en un museo... – utilizado para remitir a sucesos del pasado; el “impulsor”, caracterizado por ser una institución, la sociedad o parte de ella, e implicado en el proceso de *memorialización* (Crownshaw, en Berger y Niven, 2014: 219-237) del objeto procedente del pasado; y, en tercer lugar, el “receptor”, compuesto no ya únicamente de la sociedad que asiste al proceso de memorialización sino de las generaciones siguientes que miran de nuevo hacia el objeto y aportan, en la mayor parte de los casos, nuevos significados sobre él. Los tres elementos que componen este triángulo están relacionados entre sí desde el presente en el que receptor y objeto de memoria, en la mayor parte de los casos, coinciden. El impulsor, empero, suele proceder del pasado en que el objeto de memoria fue inaugurado o compartido por primera vez dando lugar, de manera efectiva, a un nuevo *lieux de mémoire*. Al margen de la propuesta de Kansteiner que hemos traducido y plasmado de forma gráfica, para poder escribir sobre las relaciones entre pasado y presente a partir de la memoria hemos tenido en cuenta la *larga duración* en la historia, tal y como la plantearon Jo Guldi y David Armitage en su contribución a la historiografía internacional (Guldi y Armitage, 2014). Teniendo en cuenta lo anterior, hemos preferido referirnos a la memoria como categoría *historizante* tomando en consideración algunos puntos de la propuesta que desarrolló David Cockburn desde la filosofía, al tiempo que polemizó con las contribuciones clásicas de Oakeshott o Collingwood (Cockburn, 1997).

Cockburn consideraba, a este respecto, que la memoria colectiva puede ser tratada en sí misma como una fuente de conocimiento histórico, atendiendo a su propio valor epistémico. Teniendo en cuenta que el análisis de los historiadores depende de su propia memoria y de su pertenencia a una comunidad de conocimiento<sup>4</sup>, sería

<sup>4</sup> David Cockburn se refiere a estas comunidades como *epistemic communities*; hemos preferido traducir este concepto como “comunidades de conocimiento” por ofrecer una significación más global sobre lo que planteamos.

posible añadir a la reflexión histórica la memoria como una categoría más. De hecho, Mary Fulbrook señaló más recientemente que, en no pocas ocasiones, el historiador puede recurrir a su propia memoria como parte de una colectividad para intentar acercarse al lector y establecer un diálogo mayor entre el pasado y el presente (Fulbrook, en Berger y Niven, 2014: 75). Aunque Fulbrook señalaba igualmente que este recurso hacía que el relato del historiador fuera más literario que analítico, los historiadores no podemos escapar de nuestra propia realidad ni de la temporalidad que nos condiciona como seres humanos. Por otro lado, autores como Ivan Jablonka han incidido, precisamente, en el valor que tiene el lenguaje literario aun incluso para la ciencia histórica (Jablonka, 2016).

El acto de recordar (volviendo a Cockburn), tanto entre profesionales como entre las sociedades que construyen su(s) memoria(s), permitiría a la memoria hablar por sí misma y ofrecer un acceso directo a los sucesos del pasado o fracasar en el intento. La verificación de los testimonios puede ser posible gracias a las propias herramientas epistemológicas del historiador, pero para ello ha de admitirse, al menos *a priori*, la potencial capacidad de aproximarse al pasado desde la memoria, lejos de los prejuicios y limitaciones que tradicionalmente la caracterizan desde la teoría de la historia (Cockburn, 1997: 268). En este punto, los planteamientos de Cockburn chocaban frontalmente con los de Collingwood u Oakeshott, como de hecho ha destacado Shaun O'Dwyer en fechas más recientes. De hecho, el propio O'Dwyer matizaba a Cockburn:

El potencial privilegio epistémico que Cockburn atribuye a la memoria personal no puede darse por sentado. En algunos casos, la memoria necesita ser confrontada, tanto en la de corroboración de los testimonios como en diarios u otras pruebas documentales. Lo más complicado -y esto se aplica especialmente a los recuerdos de sucesos en un pasado distante- es que a veces la memoria puede estar en conflicto con otros testimonios y pruebas, al tiempo que las fuentes de apoyo pueden no existir o que su disponibilidad dependa de la enfermedad o muerte de otros testigos. Mientras que quien recuerda puede creer enfáticamente en su percepción sobre el pasado, ésta es difícilmente verificable, lo que la convierte en improbable, inexacta en algún aspecto o, incluso, susceptible de que realmente no haya tenido lugar realmente (O'Dwyer, 2010: 159).

Por nuestra propia incapacidad y por la dificultad de llegar hasta ese punto, hemos preferido no conceder el grado de categoría histórica a la memoria colectiva. Sin embargo, por su propio carácter procesual y en constante transformación, sí que podemos coincidir parcialmente con Cockburn, siempre que entendamos la memoria y las miradas hacia el pasado desde el presente como categorías *historizantes*. Este matiz es importante de retener, y por este motivo entendemos que la memoria, sobre todo desde el análisis icono-simbólico de sus manifestaciones y discursos visuales, puede ser estudiada desde este enfoque. Las categorías, conceptos y espacios que conforman la memoria no generan conocimiento histórico *per se* y se transforman de manera constante con el propio paso del tiempo, pero están unidas a cada experiencia histórica como parte de un todo. Se complementan y, realmente, historia y memoria se necesitan mutuamente. Los historiadores, por más que intentemos zafarnos de la subjetividad y emociones intrínsecas a lo memorial, formamos parte de una sociedad, una cultura y, lo más importante, un presente concreto que mira hacia distintos pasados. Phillipe Joutard, asumiendo la

íntima relación entre memoria e historia, afirmaba que la primera podía ayudar a que la segunda lograra sus objetivos como ciencia social:

El siglo XX fue el siglo de los extremos, retomando el calificativo de Eric Hobsbawm, de la extrema violencia, de la inhumanidad. Fue también el de los negociacionistas, las más grandes falsificaciones e imposturas históricas. ¿Es una casualidad? El crimen perfecto no deja testigos, ni pistas. Modestamente, obstinadamente, el historiador busca una parte de verdad sin la cual no hay humanidad” (Joutard, 2013: 284).

Esta parte de verdad no es otra sino la que los historiadores podemos encontrar en el análisis de la memoria colectiva. Ya en 2007 Julio Aróstegui prevenía sobre la necesidad de no separar la historia de la memoria, siempre que no las confundamos en el análisis científico del pasado:

Memoria e historia son dos realidades complementarias, no del mismo valor, no de la misma intensidad, sino que, en algún sentido, esta relación debe establecerse con claridad. Sin embargo, algún historiador, como es el caso de Michael Richards, dice una cosa interesante, la de que diferenciar entre historia y memoria es una quimera. Por el contrario, cabría decir, no es menos cierto que confundirlas es un peligro evidente (Aróstegui, 2007: 13-28).

Confundir la memoria y la historia es, ciertamente, un peligro que el historiador, no ya tanto como científico social sino como ciudadano, puede correr. La intoxicación de la memoria en el conocimiento histórico, volviendo a las precauciones que planteaba Fernández Sebastián, es real, y en una época en la que todo evento es pronto denominado “histórico” y la nostalgia sobre el pasado condiciona nuestra percepción como sociedad sobre el presente, las precauciones de los historiadores deben ser aún mayores. Ello, sin embargo, no debe impedir que podamos analizar la memoria colectiva como categoría complementaria o, en otras palabras, *historizante*.

## 2. Nostalgia y memorias protésicas

Hemos mencionado la nostalgia ya anteriormente y no ha sido por pura casualidad. Al aproximarnos a los *lieux de mémoire* y, en particular, a aquellas personalidades que llegaron a encarnar una experiencia histórica desde la memoria colectiva, los ecos del pasado desde el presente tienden a “rebotar”. Este reflejo puede aparecer como una idealización de lo recordado o desde la iconoclastia. La monumentalización del espacio público y el ensalzamiento de los “hombres ilustres” guarda una estrecha relación con esta nostalgia de pasados “gloriosos”. Anteriormente mencionamos el proceso de “heroización” (Mees, 2020; Smith, 1999). Gregory Kendrick afirmó, asimismo, que “la idea del héroe aún no ha sido enviada al cubo de basura de la historia” (Kendrick, 2010: 203).

De un modo u otro, al remitir al pasado se busca legitimar el presente desde el que se recuerda, ya sea desde el conmemoracionismo, como el que Moreno Luzón trató en *Centenariomanía* para el mundo hispanoamericano (Moreno Luzón, 2021), ya desde otros casos tan destacados como el de Gran Bretaña y su pasado

imperial, desarrollado en aportaciones recientes como las de Peter Mitchell y Hannah Rose Woods (Mitchell, 2021; Woods, 2022). Como fenómeno del siglo XX, lo memorial se centró también en recordar el sacrificio colectivo de individuos anónimos durante experiencias concebidas, prácticamente, como apocalípticas. En este sentido, el desarrollo de las distintas memorias sobre el Frente del Este de Europa durante la Segunda Guerra Mundial fue, siguiendo a Xosé Manuel Núñez Seixas, un ejemplo claro de idealización y búsqueda de lo épico en distintos pasados nacionales:

Algunos lugares o espacios memoriales pueden jugar un papel esencial en como referentes y mitos en la construcción del recuerdo colectivo de una nación, mediante la intervención en política de la memoria que no sólo pretende conmemorar, sino también ofrecer ejemplos e inspiración a un colectivo, fijando un patrón de una remembranza ejemplar. [...] Stalingrado fue, sin duda, uno de esos espacios para la URSS de posguerra, y lo es aún para la Rusia de hoy, al igual que Leningrado y, en menor medida, Sebastopol u Odesa. [...] Se trata de lugares que poseen además una naturaleza transnacional, pues son interpretados desde distintos ángulos y con diferentes valencias por sociedades colindantes o que entraron en contacto en momentos determinados de la historia. Su significación [...] es variable, a menudo controvertida, y desempeñan papeles muy diferentes en cada comunidad nacional. Pueden referirse igualmente a otro tipo de colectivos, desde territoriales hasta profesionales o generacionales (Núñez Seixas, 2022: 343).

La realidad del Frente Oriental y su memoria desde distintos ángulos, precisamente (desde la RFA hasta la URSS, pasando por las repúblicas postsoviéticas como Ucrania o mediante el desarrollo de memorias alternativas como las de combatientes mediterráneos -italianos o españoles, principalmente-) alimentó distintos mitos que han permeado en la literatura, el cine, las artes y, por supuesto, la monumentalización de lo memorial. No obstante, y como igualmente advierte Núñez Seixas en su trabajo, este tipo de conmemoraciones y relatos sobre un pasado heroico y transnacional puede desembocar en “abusos de la memoria” como sobre los que reflexionó en su momento Tzvetan Todorov (2008). En este sentido, el “pasado práctico” sobre el que hablase Oakeshott reaparece para dar sentido a un discurso patriótico y puramente emocional, independientemente de que lo recordado guarde coherencia con lo que pueden constatar los historiadores, incluso desde la historia de la memoria (Berger y Niven, 2014).

Esto, llevado a las últimas consecuencias, hace que algunos lugares de memoria vinculados a determinados líderes autoritarios o totalitarios del siglo XX (particularmente sus enterramientos y/o conjuntos monumental-memoriales) no solo no hayan sido abandonados, sino que, en las últimas décadas, han sido objeto de cada vez mayores visitas. Los usos del pasado, así, han sido una confluencia entre la banalización del recordado por parte de algunas fuerzas políticas actuales y por una (peligrosa) reivindicación de lo que aquel *personaje-símbolo* significa aun actualmente. En el caso de los totalitarismos, la contaminación de la memoria sobre la historia es total, como puede comprobarse en la magnífica aportación de Núñez Seixas (2021). A fin de cuentas, la memoria es el principal medio de transmisión de conciencia histórica por parte de las comunidades que comparten o se sienten herederas del pasado, recordado a través del conmemoracionismo (Assmann y Conrad, 2010). En mitad de

este proceso de transmisión (intergeneracional, la mayor parte de las ocasiones) es la nostalgia sobre los distintos pasados vistos desde el presente la que condiciona la memoria colectiva y su propio valor como una parte más del conocimiento histórico (Arnold-de Simine, 2013).

Para todo hay un nombre; para la nostalgia sobre la que nos centramos aquí también. Alison Landsberg definió como *memoria protésica* el caso concreto de EE. UU. tras la Guerra de Vietnam. Se ajustaba a un tipo de nostalgia que no busca únicamente visitar el pasado, sino hacerlo suyo y remodelarlo a su gusto conforme a sus propias necesidades (políticas, sobre todo) (Landsberg, 2004). De este modo, la memoria se nos presenta mediatizada por lo que en trabajos más recientes se ha definido también como las *nostalgias prestadas* (Movellán Haro, 2021a y 2021b) y, actualmente, es esta clase de memoria la que cuenta con mayor predicamento entre las sociedades en las que vivimos. El gran valor de lo memorial como aglutinante identitario ha llevado el pasado recordado al terreno de lo exclusivamente emocional, casi visceral, por medio de un fenómeno de apropiación intergeneracional que, en rigor, es tan ficticio como peligroso. Asimismo, la preponderancia de la memoria en las sociedades actuales ha llevado a que otros autores como Régine Robin se refiera a este fenómeno como *memoria saturada*. En este caso, el exceso de memorias colectivas y su constante reivindicación ha generado “cacofonías” sobre la complejidad de lo memorial y su propio valor como objeto de conocimiento. El exceso de memorias y el “ruido” que generan podría implicar a que, finalmente, la desmemoria sobre el pasado sea aún mayor, particularmente hacia aquellas memorias que, por su menor espectacularidad o difusión, quedasen “en silencio” (Robin, 2003).

La *memoria saturada* de Robin se complementa con las reflexiones de Landsberg en torno a su *memoria protésica*. Según Landsberg, la memoria, particularmente en su forma de nostalgia, está condenada como concepto por su naturaleza solipsista y por su tendencia a embelesar a quien remite a ella en el pasado desde el presente. Dado que la *memoria protésica* no es natural ni se corresponde con el testimonio de una sola persona, familia o etnia, remite finalmente a un pasado compartido y, en fin, de carácter público. Este modo de construir una memoria es históricamente específico del mundo actual y difiere sensiblemente de otras formas de memoria colectiva, generalmente vinculadas a un grupo o comunidad determinados. A diferencia de la memoria colectiva, según Alison Landsberg, la *memoria protésica* no pertenecería a un solo grupo; en su lugar, puede abrirse a sensibilidades dispares y puede originar, incluso, alianzas políticas inesperadas (Landsberg, 2003: 144-150). La relevancia de los medios de comunicación de masas es determinante en este tipo de memoria y, por otro lado, la empatía sobre lo recordado está condicionada, precisamente, por una mirada hacia el pasado a veces edulcorada y, otras veces, más centrada en conmovir que en conocer.

El “imperio de la memoria protésica” y de las *nostalgias prestadas* es el que representa, realmente, el gran desafío sobre la memoria con que los historiadores nos encontramos en las sociedades actuales. ¿Podemos aproximarnos a este memorialismo identitario y nostálgico sin perder el rigor? Consideramos que sí, siempre que lo hagamos con las herramientas de la ciencia histórica y de una reflexión desapasionada. La base empírica de nuestra propuesta la encontramos, como punto de inicio, en los lugares de memoria y en la construcción icono-simbólica de algunos de los grandes *personajes-símbolo* de nuestra contemporaneidad. Como integrantes de una

sociedad, los historiadores no solo nos debemos a ella y a su debate público, sino que, en ocasiones, podemos caer en la tentación de dejarnos llevar por el propio espíritu de nuestro tiempo (el lector perdonará que se haga un uso tan burdo del *Zeitgeist* hegeliano). Cuando, para el caso español, se ha hablado de las *nostalgias prestadas*, se ha hecho sobre todo pensando en la memoria sobre la Guerra Civil y la Segunda República. Se pretendía, de este modo, diferenciar una apropiación intergeneracional de lugares comunes y de la memoria sobre un pasado no vivido que trascendía, incluso, lo que desde la historiografía y la ciencia política se ha definido como *cultura política*:

Más allá de lo que pudiéramos enmarcar en *cultura política* como herramienta interpretativa de aquellas categorías que van más allá de lo ideológico, la idea de las *nostalgias prestadas* nos permite remitir a sensibilidades y traumas que continuaban sobrecogiendo a personas que no habían participado en un proceso, o que, incluso, ni siquiera habían nacido cuando éste tuvo lugar. Esta situación se percibe con claridad, por ejemplo, entre los hijos y nietos de exiliados o represaliados por el régimen franquista, para quienes las penalidades y recuerdos de sus padres y abuelos fueron asumidos como propios. [...] Por consiguiente, la de la *nostalgia prestada* no es tanto una categoría que forme parte de una cultura política, sino un sentimiento (inequívocamente presente, por otra parte) que finalmente desembocaba en aquella manifestación simbólica, debido al ambiente familiar en el que aquel joven había vivido y se había desarrollado como persona (Movellán Haro, 2021b: 259-260).

Experiencias traumáticas aparte, las *nostalgias prestadas* afloran siempre que una generación asume como propios los espacios simbólicos de generaciones anteriores. En gran medida, esta propuesta se asemeja a la de la *memoria protésica* de Landsberg y contrasta con la *memoria saturada* de Régine Robin. En el caso de la España actual, la memoria colectiva se ha manifestado como un trasvase intergeneracional entre lo recordado-vivido por una primera generación y las siguientes. La *postmemoria* de los llamados “niños de la guerra” dio paso a la actual *memoria protésica* de quienes ya nacieron en la democracia posterior a la Transición. Las miradas hacia el pasado, condicionadas por las políticas públicas de memoria, se han encaminado hacia una *memoria saturada* sobre el siglo XX y ello modifica el relato sobre personalidades que, en momentos muy distintos del siglo pasado, han representado conceptos y “momentos de memoria” diferentes.

Como un ejemplo muy claro, unido tanto a la Segunda República como a la Guerra Civil, encontramos la reivindicación en distintos momentos sobre la figura de Manuel Azaña. La imagen satírica configurada ya durante la Segunda República por parte de la oposición antirrepublicana y la extrema derecha (posteriormente consolidada durante el régimen franquista) hacía que el político alcalaíno fuera la representación visual de lo que se dio en llamar la *Anti-España*. Solo hay que detenerse en algunas de las caricaturas sobre Azaña firmadas entre 1931 y 1936 (sirva de ejemplo la Figura 2) para comprobar cómo se identificó una experiencia histórica (la Segunda República) con un *personaje-símbolo* (Azaña):

**Figura 2.** “¡Cascaritas con el pollo!”.  
*Gracia y Justicia*, 8/7/1933, p. 10.



Fuente: BNE/Hemeroteca Digital.

Ya después de la muerte de Franco y tras la consolidación de la democracia actual, la imagen de Azaña volvió en forma de piedra y bronce. De la memoria desarrollada en torno a él décadas atrás, vinculada a espacios comunes como el que se reflejaba ya en la caricatura de 1933 que hemos traído aquí, la *postmemoria* sobre Azaña se centró en su carácter institucional como presidente de la Segunda República, demócrata convencido y, en el caso de su ciudad natal, como alcaíno insigne. Así, a mediados de los años ochenta se inauguró la escultura de José Noja que actualmente preside la Glorieta “Manuel Azaña” (renombrada así en 2016):



**Figura 3.** Escultura en recuerdo de Manuel Azaña. Alcalá de Henares (Madrid), 1987. Obra del escultor José Noja.



Fuente: Wikimedia Commons.

En los últimos años, la escultura a Azaña en Alcalá de Henares se convirtió en un *lieux de mémoire* para quienes encuentran en su figura un símbolo no ya solo del periodo republicano, sino del proyecto democrático y modernizador que la Segunda República pretendió desarrollar. De la sátira de los años 30, consolidada durante la dictadura franquista, se pasó a reivindicar, ya en los años ochenta, una figura hasta hacía poco tiempo denostada. Renombrar la glorieta en la que se encuentra esta escultura es otro acto más de reafirmación de la memoria colectiva sobre Azaña como símbolo de la Segunda República, *sensu lato*. Desde la *memoria protésica* y las *nostalgias prestadas* favorecidas sobre todo por las políticas actuales de memoria, la figura de Azaña ha sido valorada como la de uno de los “padres de la patria” actuales o, como poco, de la democracia en España. Otra muestra de ello la encontramos en los actos de homenaje a partir de 2020, durante el octogésimo aniversario luctuoso del político alcalaíno. Mención especial merece la exposición titulada: *Azaña: intelectual y estadista. A los 80 años de su fallecimiento en el exilio*, como muestra de confluencia entre la historiografía profesional y las instituciones políticas. El esfuerzo por visitar una figura que personifica una memoria concreta sobre conceptos y experiencias históricas aparece, así, representado con total claridad. Y es, precisamente, en momentos como los de un aniversario cuando las políticas públicas de memoria miran hacia la historiografía y se produce el encuentro entre memorias, nostalgia (de lo que representa el recordado) e historia.

Podemos encontrar nostalgias prestadas tanto en la memoria actual sobre el siglo XX español como entre aquellos episodios traumáticos descritos por Núñez Seixas



(2022) o en torno a los monumentos y lugares de memoria que conllevan peticiones internacionales de perdón, como trató también en su ensayo Lowe (2021). No debería resultarnos extraño; esto tiene que ver con lo que Barbie Zelizer consideraba sobre la memoria colectiva en tanto que “procesual” (Zelizer, 1995: 214-239). Si la memoria se construye, se transforma y permea de una determinada manera en la sociedad que recuerda, así también se impone el modo en que se construye la imagen de determinados *personajes-símbolo*, como podemos ver en el ejemplo sobre la memoria de Manuel Azaña. Esta situación aumenta cuando tal personaje encarna conceptos que, en la actualidad, son admitidos por la mayor parte de las ciudadanías del mundo como “universales”: *democracia, libertad, civismo, pacifismo, independencia, progreso...*

Unido a lo anterior, hemos adelantado que la memoria se transforma constantemente, en paralelo (aunque a veces sin coincidir) al conocimiento sobre el pasado que ofrece la historiografía. Conforme nos alejamos de un proceso histórico recordado, quienes precisamente pueden rememorar desde su propia experiencia personal acaban desapareciendo de este mundo. La memoria colectiva, como suma de muchas y distintas memorias individuales, depende entonces de las generaciones posteriores, y estas reformulan *a posteriori* y con las categorías de su propio presente los espacios comunes, prejuicios e incluso usos políticos del pasado sobre los que se asentó la memoria de sus antecesores. Este fenómeno también condiciona la memoria colectiva sobre algunos de los *personajes-símbolo* que aún permanecen en el espacio público. Aunque en nuestros pueblos y ciudades muchos bustos, efigies y monumentos pasan desapercibidos, otros continúan simbolizando procesos históricos, conceptos o grandes ideales sobre los que aún en la actualidad se continúa debatiendo.

El pasado, de este modo, regresa al presente en forma de piedra y bronce. En no pocas ocasiones, este viaje de retorno se hace desde la nostalgia y la *postmemoria* de una sociedad que hace (o admite) un uso sesgado del pasado, bien por su propio interés (por lo tanto, obedeciendo la mayor parte de las ocasiones a motivaciones político-ideológicas), bien por mera ignorancia o el presentismo de las llamadas *nostalgias prestadas*. En cualquier caso, los historiadores debemos huir de la nostalgia a la hora de analizar el pasado, sobre todo si lo que se propone es admitir la memoria como categoría *historizante* y fuente complementaria de nuestro oficio.

### 3. Las imágenes, espacio para *historizar* la memoria

Llegados a este punto, para dar forma a las reflexiones que compartimos en este texto partimos de la duda sobre si, realmente, esta construcción de lo memorial es un problema del mundo en que vivimos o guarda relación con procesos históricos anteriores. No cabe duda de que la necesidad de glorificar y rendir culto al pasado ha sido una constante de la humanidad desde la noche de los tiempos. Podríamos remontarnos hasta los reyes de la antigua Mesopotamia y ya observaríamos cómo el pasado sirvió para asentar y consolidar el discurso de poderes políticos y civilizaciones (Álvarez Junco, 2016b). Ello se justifica, en buena medida, mediante la máxima orteguiana por la que “el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia” (Ortega y Gasset, 1970: 51). El poder siempre se ha basado en el control de lo que actualmente definimos como “relato” y, dentro de este, el referente al propio pasado histórico. Con anterioridad a las dos conflagraciones mundiales, el memorialismo (o, al menos,

lo que hoy conocemos como tal) se centró en la glorificación de hitos, fechas conmemorativas y, particularmente, grandes personalidades que daban sentido al desarrollo y orgullo del Estado-nación liberal. No es casualidad tampoco la consolidación de lugares destinados al culto a la muerte de los “padres de la patria”, los “hombres ilustres” y, posteriormente, “los caídos”, tuvieran nombre propio o no (Koselleck, 2020). Todo lo anterior no se entiende sin antes comprender el contexto sociopolítico de entresiglos, influido tanto por la consolidación de los Estados-nación liberales como por el propio auge de los nacionalismos.

La conmemoración, en el ámbito de la memoria colectiva como encuentro entre élites y pueblo, hace patente la relación entre el presente y el pasado de una sociedad y se caracteriza, además, por ser procesual, en palabras de Barbie Zelizer: las memorias sobre una experiencia histórica, traumática o no, no tienen un principio y un final, sino que se transforman, se reformulan y, en definitiva, cambian a lo largo del tiempo. La proliferación actual de lugares de memoria y la constante reivindicación de ser testigos de momentos “históricos” es una muestra de este interés, más o menos consciente, por compartir una memoria colectiva “oficial” o “consensuada”, por más que el concepto de *memoria* que actualmente utilizamos no fuera el mismo que el del último tercio del siglo XIX o de principios del XX. En la actualidad, además, la convivencia entre historia y memoria ha conllevado que no pocos historiadores se hayan lanzado a no solo matizar, sino a confrontar directamente sobre la complejidad la memoria colectiva frente al simplismo de los discursos políticos (Berger y Niven, 2014: 148-149). Historia y memoria son cruciales para infinidad de prácticas culturales que constituyen el pasado.

Del mismo modo, el recuerdo sobre personalidades que permearon en la memoria colectiva como *personajes-símbolo* de un proceso histórico o de determinados conceptos no es estático, sino que se moldea y resignifica. Ello ha llevado a que, con el paso de los años y las décadas, la misma figura pueda ser reivindicada desde distintas culturas políticas con fines totalmente dispares, como hemos visto en el caso concreto de Manuel Azaña. Sin embargo, ¿cómo es esto posible? Siguiendo el trabajo de Barbie Zelizer, la memoria es reproducida a través de la conmemoración de tal manera que el pasado rememorado vuelve a nosotros con categorías del presente (Zelizer, 1995: 218). Independientemente del momento histórico en que nos encontremos, el poder simbólico de lo memorial remite a espacios comunes, tópicos y características atribuidas a un suceso o personaje pretéritos. El memorialismo, a fin de cuentas, es un acto de recuerdo. Mediante la conmemoración, se celebran hechos del pasado o se tiene un recuerdo especial en torno a traumas colectivos y se representan a través de homenajes, monumentos o materiales diversos que remiten a un pasado compartido (Crownshaw, en Berger y Niven, 2014: 219). Este pasado, en fin, se centra en un suceso o persona de especial relevancia que contribuye a “inventar tradiciones”. A partir del interés de instituciones o colectividades determinadas, se eleva el pasado a la categoría de hito (o mito) hacia el que mirar como objeto de memoria (recordemos el triángulo de la memoria basado en Kansteiner).

El diálogo entre pasado y presente se mantiene a lo largo del tiempo gracias a la pervivencia de categorías iconográficas y simbólicas que no perdieron su valor visual entre las sociedades contemporáneas. Tales categorías han formado parte de la cosmovisión occidental prácticamente desde los tiempos de la Revolución Francesa, como punto de inflexión de lo que conceptualmente entendemos como la modernidad (Capellán, 2020: 173-217; Reichardt, 2002). Desde el *giro visual*, como parte

del propio *giro pictorial* desarrollado hace ya más de dos décadas (Mitchell, 1994, citado por Capellán, 2022: 12), nuestra propuesta se centra en la posibilidad de acercarse a los *lieux de mémoire* y a los *personajes-símbolo* desde el análisis de lo icono-simbólico. A partir de ellos, podemos observar la propia evolución de la memoria y lo memorial en el mundo contemporáneo, ampliando la mirada a procesos no exclusivamente traumáticos. Asimismo, este enfoque en torno a la memoria colectiva nos permite no solo trabajar sobre las representaciones del pasado, sino sobre su recepción desde el presente o entre distintas generaciones, siguiendo a Confino (1997: 1386-1403). El hecho de centrarnos en personalidades concretas con una fuerte carga simbólica que haya trascendido su propia temporalidad nos permite comprobar, precisamente, cómo la reivindicación actual de algunos *personajes-símbolo* remite a su idealización (o iconoclastia) y a la construcción de una memoria que puede depender, bien de su propio carácter *procesual*, bien de fenómenos como los relacionados con la *postmemoria* o, más aún, de las *nostalgias prestadas* asimilables al concepto de *memoria protésica* o, incluso, causantes de la llamada *memoria saturada*.

De este modo, la memoria y sus *personajes-símbolo* se conforman como una “estratigrafía” sobre lo recordado. La metáfora sobre la estratigrafía de la memoria nos ayuda a identificar su propia complejidad como categoría *historizante*, admitiendo la ductilidad y la facilidad con que la variedad de memorias que conforman la memoria colectiva suele permear en el pasado recordado. Para lograrlo, como hemos tenido ocasión de anticipar, nos centramos en la importancia de la cultura visual durante el desarrollo de la modernidad hasta el pasado más reciente, distinguiendo entre la construcción de imágenes públicas (a partir, sobre todo, de la sátira política) y su consolidación posterior como *símbolos* de un proceso histórico o de conceptos políticos concretos (a partir, en este caso, de la monumentalización y desarrollo de lugares de memoria destinados a ellos). En el ejemplo de Manuel Azaña que presentamos anteriormente se ve esta realidad dual de forma clara. No obstante, nos detenemos nuevamente en ello y aportaremos otro ejemplo que nos resulta particularmente estimulante.

Podemos considerar que las capas que forman el pasado desde lo memorial dependen, según nuestro planteamiento, de dos aspectos fundamentales. En primer lugar, dependen de la construcción de imágenes públicas, basada en los relatos contra el poder a partir, sobre todo, de la caricatura política. La relevancia de la cultura visual y de lo icono-simbólico en la opinión pública (Orobon y Lafuente, 2021; Capellán, 2022) también contribuyó a que se asentasen espacios comunes fácilmente aprehensibles por la sociedad que observaba y compartía las imágenes. En este sentido, nos hemos valido sobre todo de la aportación ya citada de Gonzalo Capellán, así como las contribuciones sobre iconografía política recogidas en el *Handbuch der politischen Ikonographie* (Fleckner *et al*, 2011) o las aportaciones, desde la Historia del Arte, de Erwin Panofsky (Panofsky, 2001). Este primer “nivel estratigráfico” de la memoria sobre los *personajes-símbolo* como elementos pertenecientes a los *lieux de mémoire* se desarrollaron, sobre todo, en vida de los sujetos recordados. La ironía, la ridiculización e, incluso, la difamación de los caricaturizados sirvió, para bien o para mal, para consolidar su imagen pública y, finalmente, la manera en que eran identificados rápidamente entre sus coetáneos. Nos encontramos, en este primer nivel, con la que denominamos *memoria de papel*. La de Azaña, durante la Segunda República, fue una constante sobre todo entre los órganos de

prensa contrarios al gobierno reformista o, más allá, a las propias instituciones republicanas (Peña, 2007).

En segundo lugar, el pasado y la construcción de la memoria dependen de la consolidación de los relatos oficiales a través del conmemoracionismo. Esto es posible a partir de la inauguración de panteones, monumentos, placas u honores (habitualmente *post mortem*) propiciados y sufragados por instituciones (del Estado, pero también regionales o municipales) o por personas (individuales o colectivas, dependiendo del interés hacia el o los personajes conmemorados). En este sentido, la importancia de la aportación clásica de Pierre Nora sobre los *lieux de mémoire* y, en particular, sobre los *personajes-símbolo* es fundamental: se “inmortaliza” a aquellas personalidades que, por su relevancia y valor simbólicos, terminaron trascendiendo su propia biografía para representar valores, conceptos o, incluso, una experiencia histórica determinada. Por otro lado, las miradas al pasado desde el presente encuentran en la monumentalidad un espacio hacia el que mirar y sobre el que inspirarse, incluso, en manifestaciones culturales posteriores como el cine, la literatura o el arte. Esto último se observa, sobre todo, cuando se trata de la memoria sobre *personajes-símbolo* o experiencias colectivas unidas a un pasado traumático (Núñez Seixas, 2021 y 2022). Estaríamos, en fin, ante la *memoria de piedra*.

En lo referente a esta última, las imágenes públicas en torno al político y escritor Joaquín Costa permiten ilustrar este segundo estrato. Esperamos ahondar en este caso en estudios posteriores utilizando la propuesta teórica que hemos presentado en este trabajo, pero no queríamos dejar de ofrecerlo como ejemplo. Si bien la *memoria de papel* sobre el “León de Graus” es prácticamente inexistente (sobre todo en comparación con Manuel Azaña), la *memoria de piedra* en torno a Costa se desarrolló prácticamente desde su deceso en febrero de 1911. A tal efecto, hemos podido observar distintos momentos de memoria sobre Costa y su valor como personaje símbolo. En primer lugar, destaca el panteón en el cementerio de Torrero (Zaragoza), de estilo romántico y en el que se pretendió ensalzar, tras su inauguración en 1914, la figura de Costa y su pensamiento como piedra angular del regeneracionismo e intelectualidad española y, por delante de esta, aragonesa (Aguirre Prado, 1965; González Martín, 2020: 89-112) (Figura 4).

En un segundo momento de memoria, destaca el monumento a Costa erigido en Graus (Huesca), inaugurado en 1929 y, por ende, durante la dictadura de Primo de Rivera. El ensalzamiento del pueblo natal del autor, por una parte, y el valor intelectual de Costa como uno de los principales puntales del regeneracionismo (en el que la dictadura pretendió legitimarse) por otro condicionaron su construcción, de estilo más sobrio y sufragado por suscripción popular. En un tercer momento de memoria, tras el paréntesis, sobre todo, de la dictadura franquista, volvió a emerger la imagen de Costa en el espacio público, sobre todo en Aragón, inaugurándose nuevos *lieux de mémoire* como homenaje a uno de los campeones del aragonesismo. La Transición y, sobre todo, el proceso de organización territorial que derivó en el Estado autonómico actual está relacionado con este “revival” costista. Buena muestra de ello son los monumentos inaugurados en Zaragoza (Figura 5) o Monzón, en 1979 y 1978 respectivamente.

**Figura 4.** Panteón de Joaquín Costa (vista frontal). Cementerio de Torrero (Zaragoza), 1914.



Fuente: Wikimedia Commons.

**Figura 5.** Busto dedicado a Joaquín Costa. Plaza de Santa Engracia (Zaragoza), 1979.



Fuente: *Heraldo de Aragón*, 24/5/2021.

En el papel o, sobre todo, desde el memorialismo de los *lieux de mémoire*, vemos cómo la figura de Joaquín Costa se ha consolidado a lo largo del siglo XX. De este modo, la reivindicación de un *personaje-símbolo* ha servido para legitimar relatos o, incluso, culturas políticas bien distintas. En un caso claro de lo que Landsberg describiría como *memoria protésica*, no deja de ser curioso que, en el año 2021, políticos del partido de extrema derecha Vox organizaron una serie de actos conmemorativos con motivo del centenario de la muerte de Joaquín Costa. Frente al monumento en Monzón dedicado a Costa, miembros de este partido reivindicaron la memoria del escritor aragonés desde una concepción presentista del pensamiento costista y de la denuncia que el “León de Graus” hizo un siglo atrás en su clásico discurso *Oligarquía y caciquismo* (*Heraldo de Aragón*, 4/2/2021) La apropiación del personaje y su obra remite directamente al uso político de la memoria y sus espacios representativos como los hemos tratado en este texto.

De la conjugación de ambas realidades (el contrarrelato satírico y el relato oficial-monumental), consideramos que surge y se consolida, realmente, la memoria colectiva sobre el pasado de un Estado-nación en la modernidad y, más concretamente, de sus *personajes-símbolo*. La facilidad de transmisión e identificación de las imágenes en el seno de una sociedad permite entender cómo algunos personajes históricos llegaron hasta la actualidad y han sido reivindicados por culturas políticas distintas, incluso antagónicas. En algunos casos, personajes poco representados, incluso en las caricaturas de la prensa satírica o de soportes como las postales, las tarjetas de visita o las cajas de cerillas, fueron (sobre todo tras su muerte) mucho más recordados y reivindicados durante procesos posteriores (Capellán, 2022: 185-286). Tal fue el caso de Costa, mucho menos satirizado en vida que Manuel Azaña (por señalar los dos ejemplos, bien distintos, que hemos traído aquí).

En el mundo actual, los grandes conflictos en el ámbito de la memoria y los imaginarios se han centrado en qué y a quién se recuerda, así como de qué manera se “revisita” el pasado, sobre todo, atendiendo al significado que se da a determinados hitos o personalidades desde el presente. La representación del “triángulo” a partir del planteamiento de Kansteiner nos ha permitido sintetizar la compleja relación de la memoria entre el pasado y el presente. Cuando, por otro lado, nos encontramos ante un pasado difícil de “digerir” por su carácter de trauma colectivo, tiende a desarrollarse lo que Wagner-Pacifi y Schwartz definieron como “conmemoración sin consenso” cuando reflexionaron sobre el memorialismo en torno a la Guerra de Vietnam y sus debates en la sociedad estadounidense (Wagner-Pacifi y Schwartz, 1991: 376-420). En España, esta “conmemoración sin consenso” podemos encontrarla todavía hoy, al aproximarnos a las distintas memorias en torno a la Guerra Civil y el régimen franquista, incluso después de que se haya legislado sobre la propia memoria (BOE, 2007; 2022). Quizá, desde la investigación histórica, sea más conveniente y se pueda contribuir al debate público considerando conceptos como los manejados en este texto, sobre la *memoria protésica* o las *nostalgias prestadas*. Principalmente, consideramos que esto contribuiría a prevenir sobre la existencia de *memorias saturadas*. Estos fenómenos son transnacionales. En otros lugares del mundo, de hecho, esta “saturación” por parte de algunas políticas públicas de memoria y reparación ha llevado a estados de fatiga colectiva, como de hecho ha ocurrido en China o Corea con respecto a Japón (Fogel, 2000).

Aun admitiendo las limitaciones de la memoria como concepto poroso y difícil de utilizar como categoría histórica, a lo largo de este texto hemos intentado proponer su uso como una categoría *historizante*, complementaria y que puede favorecer un mayor conocimiento de la propia realidad del pasado en su pluralidad. El potencial de las imágenes y del análisis de los elementos icono-simbólicos nos permite adentrarnos en la memoria de aquellas personalidades que marcaron una época y cuya muerte, sobre todo, amplificó su relevancia como referentes simbólicos de ideas, valores, conceptos o de toda una experiencia histórica. En la identificación, análisis e interpretación de *personajes-símbolo* de la contemporaneidad desde lo visual puede desarrollarse un nuevo enfoque en los debates sobre qué y cómo recordamos como sociedad a lo largo de las décadas. La mirada icono-simbólica sobre lo memorial puede permitirnos observar, incluso, cómo los mismos *lieux de mémoire* o determinadas personalidades pueden representar, simbólicamente, ideas y conceptos políticos muy distintos dependiendo del presente desde el que se mire hacia los pasados de una comunidad.

#### 4. Consideraciones finales

Que la historia se ocupa del pasado es una perogrullada. El pasado es su razón de ser. Memoria e historia tienen el mismo material de trabajo, el pasado, aunque lo entiendan de manera diferente. La historia tiene su propia idea de la memoria. Sabe que existe esa variante de lectura del pasado y ella misma ha construido una teoría de la memoria que les vale a los historiadores (Reyes-Mate Rupérez, 2011: 121).

En definitiva, ¿hay algún modo de “historiar” la memoria? Para responder a esta pregunta hemos buscado ampliar la mirada sobre lo memorial más allá de los pasados traumáticos sobre los que suele asentarse la memoria colectiva después, sobre todo, de 1945. Tanto el conmemoracionismo de entresiglos como el ascenso de “hombres ilustres” (o, más allá, de los “soldados desconocidos” como representantes del sacrificio colectivo tras las dos guerras mundiales) a los altares de la patria a lo largo del siglo XX nos permite entrever la consolidación del largo proceso de construcción de los Estados-nación liberales. Si, como hemos planteado anteriormente, los debates actuales sobre la memoria son, en rigor, el canto de cisne de las identidades nacionales (Conrad, 2003: 85-99), no podemos dejar de detenernos en la memoria y la construcción de los imaginarios colectivos como un elemento más de la larga duración de la Edad Contemporánea occidental. En el caso concreto de España, su desarrollo de la memoria colectiva desde el último tercio, al menos, del siglo XIX y buena parte del siglo XX dependió tanto de los lugares de memoria como de la enorme carga icono-simbólica que la caricatura política aportó a la opinión pública. Las imágenes (en la vía pública o en la caricatura) construyeron la percepción que, en gran medida, continuamos teniendo sobre determinados pasados y sobre algunos de sus protagonistas más conocidos.

La memoria, empero, no solo depende del conocimiento histórico sino de lugares comunes, tópicos y, en definitiva, *nostalgias prestadas* del pasado desde el presente. En algunos casos, se asumió una épica sobre el pasado y sus protagonistas, uniendo la propia percepción sobre los *personajes-símbolo* de cada experiencia histórica

como base de los proyectos de nacionalización de los Estados-nación o de las propuestas que lideraron (triumfantes o no). La sátira política, por su parte, sirvió para permear con mucha más inmediatez en la opinión pública y contribuir a la construcción de las imágenes públicas de quienes, de un modo u otro, tuvieron una relevancia particular en un momento concreto del pasado. Por otro lado, el carácter poroso y *procesual* de la memoria nos permite comprobar cómo un mismo personaje puede ser reivindicado y recordado desde distintas culturas políticas a lo largo de las décadas, acudiendo a los lugares de memoria dedicados a él (desde monumentos en la vía pública a mausoleos, cenotafios o placas conmemorativas) en fechas señaladas o con motivo de aniversarios (natalicios, luctuosos o relacionados con hitos de particular relevancia para el colectivo que lleva a cabo el acto de recuerdo).

La presencia (o ausencia) de unas personalidades históricas sobre otras en el espacio público permite explicar cómo se interrelacionan las imágenes (satíricas o conmemorativas) de un mismo individuo a lo largo del tiempo, hasta su consolidación como *personaje-símbolo* o su práctica desaparición por un fenómeno de desmemoria en torno a él. Asimismo, la recuperación o “rememoración” de una personalidad política o cultural concreta se corresponde, en no pocas ocasiones, con el propio interés (político, sobre todo) de un momento determinado. La triple relación entre “impulsor”, “receptor” y “objeto” de memoria es la base sobre la que se desarrolla cualquier relato a partir del pasado recordado.

Desde la investigación histórica podemos, en definitiva, servirnos del desarrollo de la memoria y sus lugares como una categoría *historizante*, particularmente a partir de las imágenes y su conceptualización simbólica a lo largo del tiempo y atendiendo a su división en distintos estratos. La memoria contribuye a construir miradas hacia el pasado que, desde el presente, nos ayudan a explicar cómo y por qué unas personalidades trascendieron su propio tiempo y lo que han llegado a significar, tanto desde la construcción de imágenes “oficiales” como desde el contrarrelato que ofrece la caricatura política.

## 5. Referencias bibliográficas

- Aguilar Fernández, Paloma (2008): *Políticas de la memoria y memorias de la política: el caso español en perspectiva comparada*, Madrid, Aguilar.
- Aguilar Fernández, Paloma y León Cáceres, Guillermo (2022): “Los orígenes de la memoria histórica en España: los costes del emprendimiento memorialista en la transición”, *Historia y Política*, 47, pp. 317-353.
- Aguirre Prado, Luis (1965): *Joaquín Costa*, Madrid, Temas Españoles.
- Alonso, Gregorio y Muro, Diego (eds.) (2011): *The Politics and Memory of Democratic Transition: The Spanish Model*, New York, Routledge.
- Alted Vigil, Alicia (2015): “El Valle de los Caídos ¿Espíritu de cruzada o símbolo de reconciliación?”, *Ayer*, 98, pp. 263-275.
- Álvarez Junco, José (2016a): *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Barcelona, Taurus.
- Álvarez Junco, José (2016b): *Dioses útiles. Naciones y nacionalismo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Anderson, Benedict (2006): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.



- Arnold-de Simine, Silke (2013): *Mediating memory in the museum. Trauma, empathy, nostalgia*, London, Palgrave Macmillan.
- Aróstegui, Julio (2007): “Los imprevistos e irrepetibles caminos de la memoria”, *Bidebarrieta*, 18, pp. 13-28.
- Assmann, Aleida y Conrad, Sebastian, eds. (2010): *Memory in a Global Age: Discourses, Practices and Trajectories*, London, Palgrave Macmillan.
- Berger, Stefan y Niven Bill, eds. (2014): *Writing the History of Memory*, London, Bloomsbury.
- Cabrera, Mercedes (2021): *11 de marzo de 2004. El día del mayor atentado de la historia de España*, Barcelona, Taurus/ Penguin Random House.
- Capellán, Gonzalo (2020): “Democracia. Iconografía política de los conceptos fundamentales de la modernidad”, *Historia y Política*, 44, pp. 173-217.
- Capellán, Gonzalo, ed. (2022): *Dibujar discursos, construir imaginarios. Prensa y caricatura política en España (1836-1874)*, Santander, Editorial de la Universidad de Cantabria.
- Castellanos López, José Antonio, coord. (2020): *Las crisis de la España del siglo XX: Agentes, estructuras y conflictos en los procesos de cambio*, Madrid, Sílex.
- Cockburn, David (1997): *Other Times: Philosophical Perspectives on Past, Present and Future*, London, Cambridge University Press.
- Confino, Alan (1997): “Collective Memory and Cultural History”, *American Historical Review*, 102 (5), pp. 1386-1403.
- Conrad, Sebastian (2003): “Entangled Memories: Versions of the Past in Germany and Japan, 1945-2001”, *Journal of Contemporary History*, 38 (1), pp. 85-99.
- Del Arco Blanco, Miguel Ángel (2022): *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*, Barcelona, Crítica.
- Egido, Ángeles, ed., (2006): *Memoria de la Segunda República: mito y realidad*, Madrid, Biblioteca Nueva / CIERE.
- Fernández Sebastián, Javier y Gonzalo Capellán (2021): “Revolution, Restoration, Regeneration: Historical Cycles and the Politics of Time in Spain, 1870-1931”, in Julian Wright y Allegra Fryxell, eds., *Time on a Human Scale. Experiencing the Present in Europe, 1860-1930*, Oxford, Oxford University Press, pp. 29-52.
- Fernández Sebastián, Javier y Gonzalo Capellán, eds. (2013): *Conceptos políticos, tiempo e historia*, Santander, Editorial de la Universidad de Cantabria/ McGraw-Hill.
- Fernández Sebastián, Javier y Javier Tajadura Tejada, dirs. (2021): *Tiempos de la Historia, tiempos del Derecho*, Madrid, Marcial Pons.
- Ferrándiz Martín, Francisco José (2014): *El pasado bajo tierra: exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*, Barcelona, Anthropos.
- Ferrándiz Martín, Francisco José (2020): “Transacciones necropolíticas en la España contemporánea: fosas comunes, generales golpistas y mausoleos en el aire”, *Mélanges de La Casa de Velázquez*, 50 (1), pp. 301-304.
- Fleckner, Uwe et al., eds. (2011): *Handbuch der Politischen Ikonographie* (2 vols.), Munich, Munich Beck.
- Fogel, Joshua A., ed. (2000): *The Nanjing Massacre in History and Historiography*, Berkeley, University of California Press.
- González Martín, Francisco Javier (2020): “Joaquín Costa, el escultor de ideales: reflexión y legado en el siglo XX”, *Aportes*, 102, pp. 89-112.
- Guldi, Jo y David Armitage (2014): *The History Manifesto*, London, Cambridge University Press.
- Halbwachs, Maurice (1950): *La mémoire collective*, Paris, Presses Universitaires de France.

- Hirsch, Marianne (2012): *The Generation of Postmemory. Writing and Visual Culture after the Holocaust*, New York, Columbia University Press, 2012.
- Hristova, Marije (2016): *Reimagining Spain: Transnational Entanglements and Remembrance of the Spanish Civil War since 1989*, Maastricht, Universitaire Pers Maastricht.
- Jablonka, Ivan (2016): *La Historia es una Literatura Contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Joutard, Phillipe (2013): *Histoire et mémoires, conflits et alliance*, Paris, La Découverte.
- Juliá, Santos (2006): “Bajo el imperio de la memoria”, *Revista de Occidente*, 302, pp. 7-20.
- Juliá, Santos (2011): *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Marcial Pons.
- Kansteiner, Wulf (2002): “Finding meaning in memory: A methodological critique of Collective Memory Studies”, *History and Theory*, 41 (2), pp. 179-197.
- Koselleck, Reinhart (2020): *Modernidad, Culto a la Muerte y Memoria Nacional*, Madrid, CEPC.
- LaCapra, Dominick (1998): *History and Memory after Auschwitz*, New York, Cornell University Press.
- LaCapra, Dominick (2001): *Writing history, writing trauma*, London, The Johns Hopkins University Press.
- Landsberg, Alison (2003): “Prosthetic memory: the ethics and politics of memory in an age of mass culture”, en Paul Graince, ed., *Memory and popular film*, Manchester, Manchester University Press, pp. 144-161.
- Landsberg, Alison (2004): *Prosthetic memory: The Transformation of American Remembrance in the Age of Mass Culture*, New York, Columbia University Press.
- Lowe, Keith (2021): *Prisioneros de la Historia. Monumentos y Segunda Guerra Mundial* Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Mainer, José Carlos (2002): “El peso de la memoria: de la imposibilidad del heroísmo en el fin de siglo”, en Associazione Ispanisti Italiani, *Atti del XXI Convegno (Associazione Ispanisti Italiani)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 11-40.
- Mees, Ludger, coord. (2020): *Héroes y villanos de la patria*, Madrid, Tecnos.
- Mitchell, Peter (2021): *Imperial Nostalgia: How the British conquered themselves*, Manchester, Manchester University Press.
- Molina, Fernando y Luis Castells, eds. (2022): *Lecturas de la violencia vasca. Un pasado presente*, Madrid, Catarata.
- Moradiellos, Enrique (2003): “Ni gesta heroica ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil”, *Ayer*, 50, pp. 11-39.
- Moradiellos, Enrique (2018): *Franco: anatomía de un dictador*, Madrid, Turner.
- Moreno Luzón, Javier (2021): *Centenariomanía. Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español*, Madrid, Marcial Pons.
- Movellán Haro, Jesús (2021a): “Ni ‘Régimen del 78’ ni ‘espíritu de la transición’: El debate historiográfico actual en torno al proceso democratizador en España, entre la Historia y la memoria de un proceso”, *Historia Actual Online*, 55 (2), 2021, pp. 161-170.
- Movellán Haro, Jesús (2021b): *Los Últimos de la Tricolor: republicanos y republicanismo durante la transición hacia la democracia en España (1969-1977)*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria.
- Nora, Pierre (1984): *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard.
- Núñez Seixas, Xosé Manuel (2021): *Guardidas del lobo. Memorias de la Europa autoritaria, 1945-2020*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Núñez Seixas, Xosé Manuel (2022): *Volver a Stalingrado. El frente del este en la memoria europea, 1945-2021*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

- O'Dwyer, Shaun (2010): "The Yasukuni Shrine and the Competing Patriotic Pasts of East Asia", *History and Memory*, vol. 22 (2), pp. 147-177.
- Oakeshott, Michael (1933): *Experience and Its Modes*, Oxford, Oxford University Press.
- Orobon, Marie-Ángele y Elena Lafuente Elena, coords. (2021): *Hablar a los ojos. Caricatura y vida política en España (1830-1918)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Ortega y Gasset, José (1970): *Historia como sistema*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente.
- Panofsky, Erwin (2001): *Estudios sobre iconología*, Madrid, Alianza.
- Peña, José (2007): *El único estadista. Una visión satírico-burlesca de don Manuel Azaña*, Madrid, Fundamentos.
- Pérez Vejo, Tomás (2015): *España imaginada. Historia de la invención de una nación*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Reichardt, Rolf E. (2002): *La Revolución Francesa y la cultura democrática. La sangre de la libertad*, Madrid, Siglo XXI.
- Reig Tapia, Alberto (2006): *La cruzada de 1936: mito y memoria*, Madrid, Alianza.
- Reyes-Mate Rupérez, Manuel (2011): "La posmemoria", *Con-ciencia social: anuario de didáctica de la geografía, la historia y las ciencias sociales*, 15, pp. 119-132.
- Ricoeur, Paul (2003): *La Memoria, la Historia, el Olvido*, Madrid, Trotta.
- Rivera, Antonio y Carnicero Herreros, Carlos, eds. (2010): *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Madrid, Maia.
- Smith, Anthony D. (1999): *Myths and Memories of the Nation*, Oxford, Oxford University Press.
- Todorov, Tzvetan. (2008): *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós.
- Wagner-Pacifi, Robin, y Barry Schwartz (1991): "The Vietnam Veterans Memorial: Commemorating a difficult past", *American Journal of Sociology*, 97, pp. 376-420.
- Woods, Hannah R. (2022): *Rule, Nostalgia. A Backwards History of Britain*, London, WH Allen.
- Zelizer, Barbie (1995): "Reading the Past against the Grain: The Shape of Memory Studies", *Critical Studies in Mass Communication*, 12, 1995, pp. 214-239.

## 6. Fuentes complementarias

- BOE (2007): "Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura (disposición derogada)", *Boletín Oficial del Estado*, 310, 27/12/2007. Disponible en web: <https://www.boe.es/eli/es/l/2007/12/26/52/con> [Consulta: 20 de enero de 2023].
- BOE (2022): "Ley 20/2022, de 19 de octubre, de Memoria Democrática", *Boletín Oficial del Estado*, 252, 20/10/2022. Disponible en web: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2022-17099> [Consulta: 20 de enero de 2023].
- RAE (2021): "Memoria", *Diccionario de la Real Academia Española*. Disponible en web: <https://dle.rae.es/memoria?m=form> [Consulta: 20 de enero de 2023].
- s.a. (2021): "Vox reivindica en Huesca y Monzón el pensamiento político de Joaquín Costa", *Heraldo de Aragón*, 4/2/2021. Disponible en web: <https://www.heraldo.es/noticias/aragon/huesca/2021/02/04/vox-reivindica-en-huesca-y-monzon-el-pensamiento-politico-de-joaquin-costa-1418556.html> [Consulta: 20 de enero de 2023].

s.a. (2021) : “El busto de Joaquín Costa regresa a la plaza de Santa Engracia de Zaragoza”, *Heraldo de Aragón*, 24/5/2021. Disponible en web: <https://www.heraldo.es/noticias/aragon/zaragoza/2021/05/24/zaragoza-busto-joaquin-costa-regresa-plaza-santa-engracia-1494505.html> [Consulta: 20 de enero de 2023].